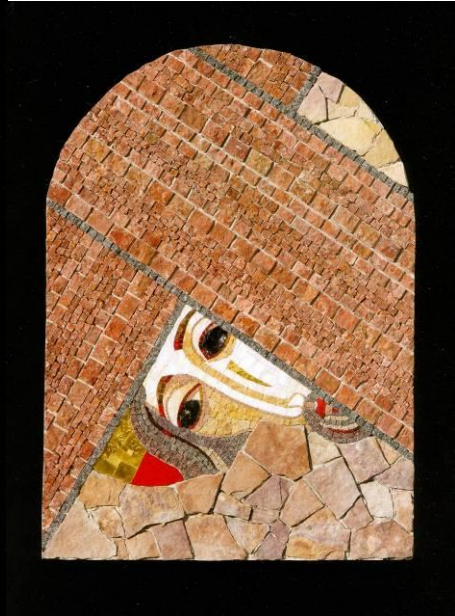
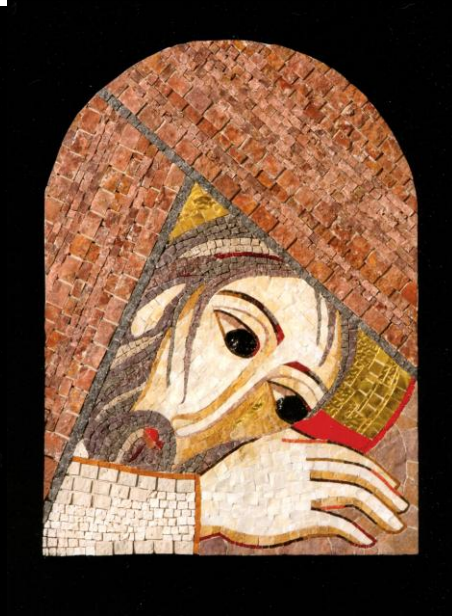
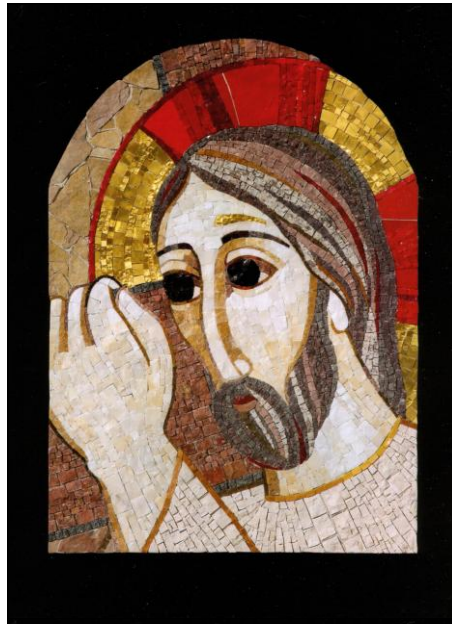


❖ El sufrimiento prolongado aniquila al ser humano ❖



Jesús cae por primera vez

Con la misma expresión del rostro, velada por un ligero toque de tristeza, Cristo escucha la Cruz. Colocándola sobre la cabeza, acoge su narración, el relato del mal del mundo. Sólo el Creador conoce los abismos y la posibilidad del pecado que el ser humano puede cometer con su libertad, creada a imagen de Dios. Por eso solo Él, como Redentor, puede asumir sobre Sí mismo el mal, del cual es capaz una libertad separada del amor. Con la afirmación de sí mismo, con una voluntad descolgada del amor, el ser humano pervierte su verdad de ser imagen de Dios, y su identidad comienza a ser de un modo cada vez más claro y decisivo esculpida como una Cruz. Cristo asume libremente este trágico camino del ser humano y acoge todo lo que es la cruz de cada persona. El Cordero de Dios carga con el pecado del mundo y, para recogerlo en su totalidad, Él mismo desciende, cayendo al suelo para poner su oreja sobre el último sufrimiento y sobre el último pecado consumado en los abismos escondidos de las tinieblas.

Jesús cae por segunda vez

La segunda caída de Cristo es la ocasión para nosotros de contemplar la intensidad y la fuerza del amor del Señor, derrumbado sobre el polvo de la tierra. Parece que la Cruz y el peso del mal vencen, pero, en realidad, el rostro del Salvador acoge la presión del mal para ser empujado a la última cavidad donde éste podría anidar. La mano, apoyada sobre el suelo, la mirada intensamente fija y penetrante y la oreja colocada sobre el suelo: todo en Cristo intenta escuchar y recoger el triste relato de la tierra empapada por la sangre vertida por Caín y su descendencia hasta el fin del mundo. La tierra silenciosamente se impregna de ella y el Dios misericordioso recoge su testimonio del mal. Ahora la tierra puede sentir de nuevo el aliento de Dios, Su soplo, Su mano, para volver a plasmar y regenerar al hombre nuevo. Aunque esta vez la tierra estará impregnada con la sangre del Señor. Ella espera que los seres humanos, regenerados por la Resurrección, cooperen al acontecimiento cósmico del octavo día, sufriendo ya desde ahora los dolores de parto, porque el cielo y la tierra nueva están naciendo. La Cruz, que aplasta a Cristo en el suelo, podrá entonces emerger de la materia del mundo como sello del amor con el que Dios lo ha creado y ahora redimido.

Jesús cae por tercera vez

Ahora la Cruz cubre casi totalmente a Cristo. El espacio entre el mal, el pecado y la tierra como humilde testimonio y víctima se reduce cada vez más, tanto que aterroriza con la posibilidad de que el pecado pueda exterminar la vida. El pecado puede transformar el jardín en un desierto, en una tierra despoblada e inhóspita (Jr 17,6) donde no exista la vida. La Biblia comienza su revelación con un jardín, rebosante de vida y termina con una espléndida ciudad adornada como una esposa. Entre el Edén y la Jerusalem celestial se alza el orgullo del pecado y del mal, que busca aplastar, usurpar, sepultar. Y Cristo se deja vencer, se deja aplastar, cumpliendo así la obra de la redención, donde Su rostro queda como el único espacio de vida. En este rostro se funden todos los aplastados por el mal y por el pecado para entrar en Él, en el amor que, aunque se mate, resucita y camina. Por el escorzo de luz desprendido del rostro del Redentor vuelve a marchar el nuevo éxodo de los redimidos que poblarán la ciudad que desciende del cielo.

M. I. Rupnik, S.J.
Via Crucis de Mengore

“Cada miembro de Tu carne santísima ha soportado por nosotros la ignominia: la cabeza, las espinas; el rostro: los salivazos; las mejillas: los bofetones; la boca: el sabor de la hiel mezclada con el vinagre; los oídos: las impías blasfemias; la espalda: la clámide de los escarnios; el dorso: la flagelación; la mano: la caña; el descoyuntamiento de todo el cuerpo bajo la Cruz; las extremidades, los clavos, y el costado, la lanza. Oh Tú, que has padecido por nosotros y nos has liberado de las pasiones; Tú, que Te has entregado por Tu amor a los seres humanos y nos has levantado, oh Salvador Omnipotente, ten piedad de nosotros.”

Liturgia bizantina, oficio de la Santa Pasión

www.vacarparacon-siderar.es